

CORRESPONSALES Y CENSURA EN LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

PAUL GORDON

University of Stirling y UCM
gordon809@hotmail.com

RESUMEN: La Guerra Civil española constituyó un acontecimiento histórico que despertó un interés inusitado y sin precedentes entre los medios de comunicación internacionales. Corresponsales de prensa y radio, así como escritores e intelectuales ya consagrados, se dieron cita en España para narrar lo que aquí estaba ocurriendo. La mayoría de ellos terminaron involucrándose con la contienda y con el país. Este trabajo versa sobre las condiciones de censura que ambos bandos impusieron a sus crónicas y como se desarrolló su día a día en la retaguardia mientras esperaban las noticias que llegaban del frente.

PALABRAS CLAVE: Guerra Civil Española – Censura – Corresponsales – Bando Republicano – Bando Nacional – Propaganda

ABSTRACT: The Spanish Civil War represented a historic event that awoke an uncommon and unprecedented interest in the international media. Press and radio correspondents, as well as previously acclaimed writers and intellectuals, met in Spain in order to narrate what was happening here. The majority of them ended up involved in the conflict and with the country. This piece of work deals with the censorship conditions that both sides imposed over their chronicles and how their day to day life in the rearguard developed while they waited for the news that came from the front.

KEYWORDS: Spanish Civil War – Censorship – Correspondents – Republican Side – Franco's Side – Propaganda

Paul Gordon es miembro del Scottish Conservative and Unionist Party. Profesor de Doctrina Social de La Iglesia y de Lengua Inglesa en La Universidad San Pablo CEU Madrid. Licenciado en Periodismo por La Universidad Complutense de Madrid. Licenciado en Historia Moderna, Políticas y Filosofía por La Universidad de Stirling, Escocia, Reino Unido. Master en Relaciones Internacionales por el Instituto Universitario Ortega y Gasset. Miembro del Comité Consultivo de la Fundación FUNCIVA. Colaborador del diario La Razón y la revista especializada Diplomacia Siglo XXI.

La Guerra Civil española tuvo unas connotaciones muy particulares que la diferencian de las guerras convencionales al uso. Una guerra “corriente” suele tener su origen en intereses económicos claros, está provocada por el acceso a los recursos de unos u otros grupos de interés. Este no fue el caso de la Guerra Civil Española. Los bandos enfrentados no lo hacían por controlar las riquezas del país; se trató claramente de una contienda motivada por razones ideológicas. Era una concepción del mundo enfrentada a otra concepción del mundo totalmente diferente y el resultado de la lucha no sería simplemente quién se quedaba con el botín, sino qué clase de mundo surgiría después. Esta es la razón por la cual los corresponsales que vinieron a informar sobre la guerra quedaron enganchados a la lucha y se involucraron de manera tan absoluta. Fueron conscientes de que no se trataba de un “asunto español”, sino de que se dirimía la construcción de la sociedad en el presente y en el futuro, y que esto incumbía a cualquier ser humano. Y ellos se dieron cuenta mejor que nadie, porque se trataba de hombres de un gran talento: intelectuales y escritores de primera categoría, la mayoría de ellos ya reconocidos internacionalmente antes de venir a España y con una afiliación ideológica determinada. De esta forma, la labor informadora de los corresponsales se mezcló, muy a menudo, con la propagandística.

La Guerra Civil Española fue la primera guerra contada por corresponsales a escala internacional. La guerra militar sería ganada por el bando nacional, pero sin duda, la batalla de la opinión pública internacional la ganó la República con la ayuda de los periodistas destacados en Madrid, Valencia y Barcelona. Herbert Southworth, redactor del *Washington Post* y experto en periodismo y propaganda de guerra, dijo años después de terminada la guerra:

“La Guerra Civil española afectó de forma directa solamente a una pequeña parte del globo, pero atrajo hacia España la atención del mundo entero. De hecho, la prensa que cubrió la guerra española fue, tanto en lo que se refiere a los actores como a sus interpretaciones, más variada que la prensa que cubrió la Segunda Guerra Mundial”¹.

La acotación no necesita ningún comentario y deja muy claro la envergadura de la importancia que tuvieron los corresponsales de prensa extranjeros en la Guerra Civil Española.

No existe ninguna lista definitiva de todos los corresponsales extranjeros que pasaron por España durante la Guerra Civil. Cosa por otra parte imposi-

¹ Herbert Rutledge SOUTHWORTH, *Conspiracy and the Spanish Civil War: The Brainwashing of Francisco Franco*, London: Routledge, 2002, p. 1.

ble, ya que muchos de ellos vinieron por su cuenta, otros sólo lo hicieron durante cortos periodos o de forma itinerante. La única manera de saber quiénes estuvieron aquí es consultando libros de memorias de la época donde se mencionan unos periodistas a otros. De todas formas, la lista elaborada por José Mario Armero en su libro *España fue noticia*² es bastante completa. También es muy completa la lista elaborada por Peter Wyden en *La guerra apasionada*³.

Nada más producirse la sublevación de los generales y parte del ejército español en contra de la República el 18 de julio de 1936, empezó a afluir a España una corriente de cientos de corresponsales de todos los países y de todos los medios de comunicación. Desde un primer momento, la República entendió la importancia de cuidar su imagen en el exterior y por ello invirtió cantidades importantes de dinero en propaganda, en un intento de ganarse el aprecio de los corresponsales e intelectuales extranjeros, aunque esta actitud cambió un poco tras la firma del “tratado de no intervención”⁴ por las democracias occidentales. A partir de entonces, todo su interés estuvo centrado en convencer a los países occidentales de la necesidad de su apoyo a la República y de la realidad de la intervención de tropas alemanas e italianas a favor del ejército rebelde.

La mayoría de los medios destacados acudieron a Madrid como capital del Estado y sede del Gobierno legítimo para recabar información, pero también acudirían al bando rebelde, aunque no en la misma cantidad. Las cosas cambiaron a finales del año 1937 cuando pareció que la marcha de la guerra se inclinaba del lado franquista, entonces se multiplicaron las solicitudes de los corresponsales para informar sobre los avances de las tropas de Franco. Los generales rebeldes sospecharon siempre de los corresponsales procedentes de las democracias occidentales y los consideraron espías. Hasta esa fecha, la mayoría de corresponsales extranjeros destacados en el bando rebelde pertenecía a medios de comunicación de los países que apoyaban la revuelta: Portugal, Italia y Alemania, pero también hubo algún corresponsal de medios conservadores de países como Francia, Gran Bretaña o EE.UU.

En algunas ocasiones los grandes periódicos mandaron corresponsales a ambas zonas: como el *New York Times*, que envió a Herbert Matthews a la zona republicana y a William P. Carney, que era su corresponsal fijo en Madrid, a la zona franquista. Ninguno de los dos ocultaría sus simpatías por los bandos a

2 José Mario ARMERO, *España fue noticia: corresponsales extranjeros en la Guerra Civil español*, Madrid: Ediciones SEDMAY, 1976.

3 Peter WYDEN, *La guerra apasionada*, Barcelona: Ediciones Martínez Roca, 1983.

4 El Comité de No-intervención, cuya secretaría desempeñaba el poeta Saint John Perse, es conocido también como el Comité de Londres. Fue una organización creada a propuesta de Francia para vigilar el cumplimiento del Pacto de No-intervención en la Guerra Civil Española para evitar que el conflicto se internacionalizara. Se sumaron al pacto 27 países, entre ellos la Unión Soviética, Italia y Alemania que no cumplieron con el pacto.

donde fueron enviados. Antes de a Carney, el *New York Times* había mandado como corresponsal a la zona de los sublevados a Frank Kluckhohn, quien ya en agosto de 1936 había mencionado en sus reportajes la intervención de alemanes e italianos en el bando nacional, por lo que fue expulsado.

El *Chicago Tribune* también envió corresponsales a los dos bandos: Jay Allen había estado en la Revolución de Asturias en 1934 y decidió quedarse en España para cubrir los acontecimientos que estaban sucediendo, tanto allí como en Portugal. Allí se encontraba cuando tuvo conocimiento de que las tropas rebeldes habían tomado Badajoz y así pudo cruzar la frontera y dar testimonio de los sangrientos sucesos acaecidos durante la toma de la ciudad por la columna de Yagüe⁵. Fue Jay Allen el primer corresponsal extranjero que hizo una entrevista a Franco, mientras todavía estaba éste en Tetuán, el 27 de julio del 36. Posteriormente, el 10 de agosto de 1936, Franco concedió otra entrevista al periodista Félix Correia corresponsal del *Diário de Lisboa*⁶, que algunas fuentes dan erróneamente como la primera entrevista concedida por Franco a un corresponsal extranjero. Allen pasó luego a informar desde el bando republicano, más acorde con sus ideas, mientras que Maxwell M. Coperning se convertía en el corresponsal del *Chicago Tribune* en zona franquista. Al mismo tiempo que Jay Allen contaba al mundo las atrocidades del bando rebelde, Cecil Garathy y Harold Cardoso⁷, del *Daily Mail*, se ocupaban en sus crónicas de las matanzas cometidas en el bando republicano contra monjas y religiosos. Jay Allen entrevistó también a José Antonio Primo de Rivera en la cárcel de Alicante el 3 de octubre de 1936, entrevista que fue publicada por el periódico británico *News Chronicle*. Lo que no hubo fue corresponsales de la Unión Soviética en el bando franquista. Tampoco hubo corresponsales de medios de comunicación portugueses, alemanes o italianos en la República.

Algunos espías utilizaron el puesto de corresponsal extranjero como tapadera para sus actividades. Fue el bando nacional el que recibió el mayor número de corresponsales-espías conocidos. Entre ellos destacan Guy Burgess, corresponsal de la BBC, y Harold Philby, del *Times*, que en 1963 serían descubiertos en el Reino Unido como agentes dobles al servicio de la URSS.

Los artículos de estos periodistas sobre los sucesos bélicos y la vida civil durante la contienda han servido de fuente inagotable de información y de testimonio de primera mano para historiadores y estudiosos sobre los terribles acontecimientos que tuvieron lugar en España entre los años 36 y 39 del siglo XX.

⁵ Jay ALLEN, "Slaughter of 4,000 at Badajoz, City of Horrors, is told by tribune man", *The Chicago Tribune*, 30.8.1936.

⁶ Félix CORREIA, "O general Franco expoe ao Diário de Lisboa", *Diário de Lisboa*, 10.8.1936.

⁷ Harold CARDOSO, "Alcazar Chief you must die to son. First full story of Siege", *Daily Mail*, 30.9.1936.

Este artículo no trata de las realidades de la vida civil en España ni de los acontecimientos bélicos de la Guerra Civil, trata de las dificultades que estos periodistas encontraron a la hora de poder elaborar y enviar sus crónicas debido a las condiciones de censura impuestas, tanto por el Gobierno de la República como por el Gobierno de los rebeldes. Y de cómo vivieron y cuáles fueron sus experiencias personales durante aquellos años en España. La mayoría de ellos quedaron tan impactados con lo que vieron y vivieron aquí que posteriormente escribirían libros con sus memorias.

A partir de la sublevación de algunos Generales del Ejército Español contra la República y del inicio de la Guerra Civil, lo importante para ambos bandos fue sin duda ganar la guerra. La mera información se convierte en tema secundario, lo importante es la victoria, por lo que los medios de comunicación se enfocan a la consecución de este fin. Propaganda e información llegaron a identificarse.

La férrea censura fue otra de las características de la actividad periodística durante la contienda. Ya había sucedido durante la I Guerra Mundial y volvió a suceder en España en ambos bandos. Cualquier información periodística era revisada cuidadosamente para evitar fundamentalmente dos cosas: primero, que las crónicas periodísticas pudiesen facilitar información militar relevante sensible de ser utilizada por el enemigo y, segundo, que sirviesen para minar el ánimo de la población o de las tropas por la difusión de derrotas militares del propio bando o situaciones de precariedad, disturbios, conflictos o peligro en la retaguardia. En la zona rebelde, la censura fue más estricta que en la República, donde los informadores gozaban de mayor libertad. Sin embargo, en la zona republicana tuvieron el problema del pluralismo de los mandos, que en multitud de ocasiones creaban gran confusión. También había que contar con la complejidad y diversidad ideológica y el progresivo deterioro de la situación. A este respecto puede mencionarse un artículo de George Orwell publicado en el *New English Weekly*⁸ el 29 de julio de 1937 en el que afirmaba: “Mientras tanto, la guerra contra Franco continua... pero nadie en el Gobierno español piensa que esa sea la verdadera guerra”. Orwell se refiere a las luchas internas en la retaguardia de la República, debidas posiblemente a que en los primeros estadios de la contienda la República no dudó de su victoria.

CENSURA EN LA REPÚBLICA

Desgraciadamente no queda ningún tipo de archivo en el que se pueda consultar información sobre la censura durante la Guerra Civil en la República Española. Toda la documentación referente a la Oficina de Prensa y Propaganda

8 George ORWELL, “Spilling the Spanish Beans”, *New English Weekly*, 29.7.1937.

ha desaparecido, por lo que para saber lo que pasó hay que recurrir principalmente a las autobiografías de las personas que llegaron a dirigir o trabajar para dicho departamento en Madrid, Valencia y Barcelona respectivamente. Estas son: Arturo Barea⁹ en Madrid y Constanza de la Mora¹⁰ primero en Valencia y posteriormente en Barcelona, siguiendo los traslados del Gobierno republicano. También hay que mencionar las memorias inéditas de Kate Mangan¹¹, una joven inglesa que vino a España en busca de su novio que se había alistado en las Brigadas Internacionales y que trabajó en la oficina de Prensa desde comienzos de 1937 hasta junio de ese mismo año. Aunque estas biografías son muy interesantes y aportan muchos datos de interés, tienen la limitación de ser una perspectiva parcial e interesada de lo que allí ocurrió y están plagadas de lagunas sobre acontecimientos trascendentales.

Esta perspectiva hay que completarla en lo posible con las aportaciones que hacen los corresponsales acreditados en la guerra en sus propios libros de memorias. Los artículos y crónicas enviados a sus periódicos nos sirven de poco a este respecto, ya que como eran censurados no podían hacer ninguna referencia, evidentemente, a dicha censura.

El Gobierno republicano dio mucha importancia al apoyo que pudiera recibir de otros países extranjeros, especialmente de las democracias occidentales, para ganar la guerra, por ello concedió gran interés a las crónicas que pudieran mandar los corresponsales extranjeros para lograr el apoyo internacional. Algunos miembros del aparato del Estado creían que el destino de la República dependía, en buena medida, de que el mundo llegase a conocer los hechos y la justicia de la causa, ya que eso, pensaban, forzaría a las democracias europeas a abandonar la política de “no intervención”. La mayoría de corresponsales destacados en zona republicana eran favorables a la causa y trataron de inclinar la opinión pública y los Gobiernos de sus respectivos países a favor del apoyo material a la República; salvo alguna excepción, por ejemplo, William Carney, corresponsal del *New York Times* en Madrid y que terminó por pasarse al bando nacional, donde fue visto con uniforme falangista regalo personal de Franco.

El 19 de julio de 1936, un día después de la sublevación militar, fue declarada la censura previa por el Gobierno de la República. El Partido Comunista tomaría a su cargo las actividades censoras. No era la primera vez que se decretaba la censura en la II República. La ley más importante aprobada durante la

9 Arturo Barea Ozagón fue censor de la prensa extranjera y contertulio de la radio. Escribió una trilogía llamada *La forja de un rebelde*, cuya última parte titulada *La llama* trata de sus años como censor de la República en Madrid durante la Guerra Civil Española. Está publicado en Editorial Debate, Madrid.

10 Constanza de la MORA MAURA, *Doble esplendor*, Madrid: Editorial Gadir, 2004.

11 Kate MANGAN y Jan KURZKE, *The Good Comrade, 1936-37*, Manuscrito inédito, Documentos de Jan Kurzke, Archivos del Instituto Internacional de Historia Social Ámsterdam.

II República Española fue la Constitución de finales del año 1931, que en su artículo 34 establecía, con referencia a la libertad de expresión, que

“toda persona tiene derecho a emitir libremente sus ideas y opiniones valiéndose de cualquier medio de difusión, sin sujetarse a previa censura. En ningún caso podrá recogerse la edición de libros y periódicos, sino en virtud del mandamiento del juez competente. No podrá decretarse la suspensión de ningún periódico sino por sentencia firme”.

Desgraciadamente, hubo sucesos durante los convulsos años de la República que forzaron a que se declarase el estado de excepción y, con él, la censura previa. El primero se produjo a raíz del golpe de Estado del general Sanjurjo¹² en agosto de 1932; se decretó la instauración de la censura previa para las agencias de noticias. En septiembre de 1934, y previo a la Revolución de Octubre¹³, se declaró el estado de alarma y la instauración de la censura previa que seguiría vigente hasta enero de 1936. El 17 de febrero de 1936 vuelve a declararse el estado de excepción y con él, de nuevo, la censura previa hasta el mes de mayo del mismo año.

LA CENSURA EN MADRID

Unos días después del golpe de estado del 18 de julio de 1936, se instala la Oficina de Prensa y Propaganda en el edificio de Telefónica de la Gran Vía de Madrid. Las primeras semanas fueron de gran confusión hasta que el 18 de septiembre el periodista Julio Álvarez del Vayo, miembro del Partido Socialista Obrero Español y Ministro de Estado del Gobierno que presidía Largo Caballero, nombra a otro periodista como jefe de la Oficina de Prensa y Propaganda: Luis Rubio Hidalgo de Cisneros. A partir de aquí hay que seguir el testimonio de Arturo Barea Ozagón, que fue censor en Madrid y publicó tres libros con sus memorias.

Arturo Barea, que pertenecía al Partido Socialista Obrero Español, fue incorporado como censor a la Sección de Prensa y Propaganda del Ministerio de

12 José Sanjurjo Sacanell fue un general español que se sublevó contra la República el 10 de Agosto de 1932 en Sevilla. Dicha rebelión es conocida como “la Sanjurjada”. La rebelión fracasa y es detenido y condenado a muerte. Tras ser indultado, marcha al exilio a Portugal. Preparó, junto al general Emilio Mola, la sublevación del 18 de julio de 1936, en la que estaba previsto que asumiera la Jefatura del Estado, pero el 20 de julio, cuando iba a ponerse al mando del golpe de Estado, tiene un accidente de avión y fallece.

13 La Revolución de Octubre de 1934 fue un movimiento huelguístico revolucionario que se produjo entre los días 5 y 19 de octubre de 1934. Este movimiento estuvo alentado desde el PSOE, la UGT, la CNT y el PCE. Los principales focos estuvieron localizados en Cataluña y Asturias.

Estado en Madrid en octubre de 1936 y trabajó a las órdenes de Rubio Hidalgo. Como curiosidad podemos decir que tenía un sueldo de 400 pesetas. Se ocupaba de someter a censura los telegramas y crónicas que los corresponsales extranjeros mandaban a sus respectivas publicaciones. Trabajaba en turno de noche, de 12 a 8 de la mañana, junto a un compañero apellidado Perea. Por lo que cuenta de sus respectivos niveles de idiomas, en concreto de inglés y francés, no parece que poseyeran suficientes conocimientos para desempeñar su cometido, lo que les producía bastante estrés, carencia que el mismo Barea reconoce en sus memorias: “Corto de personal, incapaz de hablar inglés...”¹⁴. No entendían bien las crónicas que los corresponsales pretendían enviar (tenían que consultar en el diccionario prácticamente cada palabra). Además, los corresponsales no les facilitaban la tarea y, según su versión, empleaban un lenguaje de argot lo más complicado posible para evitar la censura. Posiblemente atribuye a mala intención y ganas de engañar a los censores, lo que seguramente era consecuencia de su inseguridad y falta de nivel en los idiomas que tenía que censurar, cosa que provocaba que las relaciones entre censores y periodistas no fueran fluidas. También contribuía a esta mala relación la percepción que tenía Arturo Barea de que los periodistas veían a los españoles como una especie de *nativos* o seres inferiores y que, mientras que para los españoles la guerra era una cuestión de vida o muerte, para ellos era una especie de aventura en la que no se sentían implicados. Esta apreciación es muy difícil de probar, aunque parece darle la razón, a este respecto, la opinión que tenía Delmer, según Constanza de la Mora: “Delmer siempre hablaba y se comportaba como si los españoles pertenecieran a una extraña e ignorante tribu de salvajes enfrascados en una contienda estúpida y primitiva con arcos y flechas”¹⁵. Sefton Delmer fue corresponsal en España del *Daily Express* y durante la II Guerra Mundial se convertiría en un experto en propaganda manipulada contra el nazismo. A pesar del comentario anterior, Barea, en el fondo, es injusto, ya que la mayoría de los periodistas tomaron partido por el bando republicano y en muchas ocasiones participaron en la lucha activa.

Barea explica en sus memorias que los periodistas tenían una oficina propia en el cuarto piso del edificio de Telefónica, donde escribían sus informaciones por duplicado y posteriormente las sometían al censor. Una de las copias era devuelta al corresponsal sellada y visada, mientras que la otra era enviada a la sala de conferencias con un ordenanza. Una vez en la sala de conferencias, el periodista leía su despacho a través del teléfono, mientras que un censor sentado a su lado y llevando auriculares escuchaba la conversación en ambos

14 José Mario ARMERO, *España fue noticia*, Madrid: Ediciones SEDMAY, 1976, p. 53.

15 Constanza de la MORA MAURA, *In Place of Splendour. The Autobiography of a Spanish Woman*, Nueva York: Harcourt, Brace, 1939, p. 290-291.

sentidos. Éste disponía de un conmutador que le permitía cortar instantáneamente la conferencia, si es que durante el transcurso de la conversación se producía algún tipo de comentario que al censor no le pareciese oportuno o si el corresponsal cambiaba el texto que había sido aprobado. Si la transmisión se iba a efectuar por telégrafo o radio, un ciclista llevaba la copia censurada a “Transradio”.

Las grandes agencias norteamericanas y la agencia francesa de información Havas tenían varios corresponsales destacados que trabajaban 24 horas al día por relevos y producían lo que ellos denominaban “snaps”, es decir, despachos cortos, ininterrumpidamente.

La orden que habían recibido los censores, siempre según el relato de Arturo Barea, era suprimir todo lo que no indicase una victoria del Gobierno republicano y, por supuesto, todo lo que pudiera proporcionar información sensible sobre objetivos militares al enemigo. A medida que avanzaba la guerra, el ejército republicano sufría derrota tras derrota y los corresponsales intentaban transmitir estas informaciones de todas las maneras posibles, saltándose las censuras como podían. A Arturo Barea le parecía bastante ridículo el tratar de ocultar las derrotas militares. A este respecto hace referencia a lo que ocurrió con el asedio al Alcázar de Toledo. La orden recibida fue la de dejar pasar únicamente las informaciones que dijeran que el Alcázar estaba a punto de rendirse, que la Columna de Yagüe estaba detenida en su avance hacia Toledo y que los tribunales populares eran un dechado de justicia. Cuando el ejército franquista llegó hasta el pueblo toledano de Maqueda¹⁶ se hizo evidente para los periodistas destacados que las tropas franquistas continuaban avanzando y que la Oficina de Prensa no proporcionaba información fiable. Los reporteros, como es natural, trataban de pasar la realidad de los hechos a sus periódicos, mientras que los censores se empeñaban en que ésta no se supiese en el resto del mundo. Se llegó a dar la noticia de la rendición del Alcázar, noticia que hubo que desmentir poco después. Llegó a haber incluso momentos de violencia entre periodistas y censores, hasta el punto de que Perea, el otro censor del turno de noche, no pudo soportar la tensión nerviosa y dimitió.

A partir del 13 de octubre de 1936, 16 días después de la toma del Alcázar, empezaron los bombardeos sobre Madrid y las relaciones entre los corresponsales y los funcionarios de la Oficina de Prensa se volvieron muy difíciles. Las hojas hechas a mano resultaban ilegibles, quizás como estrategia, por lo que se ordenó a los periodistas que las escribiesen a máquina.

¹⁶ Maqueda es un pueblo de la provincia de Toledo situado en la carretera de Extremadura y a pocos kilómetros de Madrid. La columna de Yagüe estaba parada en ese punto esperando órdenes para seguir hacia Madrid. En lugar de eso, Franco ordenó que se desviase hacia Toledo para tomar el Alcázar. Ante el desacuerdo de Yagüe, que quería continuar a Madrid, éste es depuesto y sustituido en el mando por José Enrique Varela, que tomaría la ciudad de Toledo el 27 de septiembre de 1936.

Muchos corresponsales comenzaron a utilizar las valijas diplomáticas de sus respectivas legaciones para pasar sus artículos y evitar así la censura. No fue ésta la única estrategia que siguieron; siempre que podían, pasaban la frontera a Francia y mandaban los despachos desde allí.

A los dos meses de que Arturo Barea comenzase su trabajo como censor, el Gobierno de la República se trasladó a Valencia y con él toda la Administración, incluida la Oficina de Prensa y Propaganda. La noche del 6 de noviembre de 1936, según el relato de Barea, Rubio Hidalgo le pasó la orden del Gobierno de traspasar la actividad censora a la autoridad militar bajo la que quedaba la ciudad de Madrid, a cuyo mando estaba el general Miaja¹⁷ en calidad de Jefe de la Junta de Defensa. También se le pidió que mantuviese en secreto y de que no informase a los corresponsales extranjeros de la supuesta inminencia de la ocupación de Madrid por tropas rebeldes. Arturo Barea cuenta en sus memorias la impresión que le hizo recibir la noticia de que el Gobierno huía del peligro de la contienda para refugiarse en la retaguardia y de que abandonaba Madrid y su población a su suerte: califica a Luis Rubio Hidalgo, y con él a todo el Gobierno, de cobardes.

La mayor parte de corresponsales extranjeros siguieron al Gobierno a Valencia, hasta tal punto que Geoffrey Cox, corresponsal del periódico liberal británico *News Chronicle*, afirmaba que Henry Buckley, del *Daily Telegraph*, y él mismo fueron los únicos corresponsales británicos que se quedaron en Madrid en noviembre de 1936.

Luis Rubio Hidalgo de Cisneros se trasladó a Valencia y dejó el traspaso de poder de la oficina en manos de Barea. Pero éste, en lugar de obedecer y pasar el testigo a los militares republicanos, decidió, con la ayuda de un comité improvisado del Frente Popular y de una Unión de Empleados del Ministerio de Estado, mantener la oficina abierta, haciéndose él mismo cargo de su dirección. El Comité Ejecutivo de la Junta de Defensa de Madrid ratificó la decisión de mantener la Oficina de Prensa y Propaganda sellando un documento que fue firmado por Frades Arondo. Este autonombramiento sería ratificado días después por el nuevo Comisario de Guerra, Julio Álvarez del Vayo, ministro de Estado. Del Vayo, miembro del PSOE, era abogado, periodista y diplomático. Fue nombrado en dos ocasiones Ministro de Estado, de 1937 a 1938 y al final de la guerra. Su actuación como Comisario General de Guerra fue muy discutida. Largo Caballero le acusó en sus memorias de ser un agente soviético. Álvarez del Vayo se ganó el respeto del pueblo madrileño al volver de Valencia a Madrid,

¹⁷ José Miaja Menant fue nombrado General en Jefe de la Junta de Defensa de la ciudad de Madrid en noviembre de 1936 e impidió que Franco tomase la ciudad. En marzo de 1939 secundó el golpe de Estado encabezado por el coronel Casado, siendo nombrado Presidente del Consejo Nacional de Defensa. Murió en el exilio en México en 1958.

donde había sido nombrado por Largo Caballero¹⁸ Comisario de Guerra. Barea no conocía a del Vayo, fue Koltzov, corresponsal del *Pravda* y conocido como “los ojos y los oídos de Stalin” en Madrid, el que le llevó a verle para ratificar su nombramiento. Koltzov no actuaba como un simple corresponsal de guerra extranjero, sino como una autoridad del Comisariado de Guerra en el Madrid sitiado de la Guerra Civil. Mijail Koltzov era un periodista ruso de origen judío. Participó en la Revolución Rusa de 1917 y se convirtió en el periodista más famoso de la URSS. Estuvo en España de mayo a julio de 1931 y publicó en el *Pravda* unos artículos sobre el inicio de la II República Española con el título de “La primavera española”. Del título de esta serie de artículos proviene la costumbre de nombrar con el término “primavera” a los procesos revolucionarios que se inician en esa estación del año, por ejemplo, “primavera árabe”. Volvió a Madrid entre agosto de 1936 y noviembre de 1937 como corresponsal del *Pravda* y agente personal de Stalin. Escribió un libro de memorias sobre la Guerra Civil española: *Diario de la Guerra de España*. Fue detenido por Stalin en 1937 acusado de actos terroristas en España y ejecutado en 1940. Ian Gibson le considera el responsable de los fusilamientos de Paracuellos.

Barea nos cuenta que, mientras se tomaba la decisión de mantener la oficina abierta, hubo unos primeros momentos de confusión durante los cuales los corresponsales pudieron mandar comunicados sin censura alguna en el turno de día. Comenta que días después encontró textos no censurados tirados por el suelo de la oficina que no disimulaban su alegría por la supuesta entrada de las tropas de Franco en Madrid. En aquel momento se convenció absolutamente de la necesidad de la censura de guerra. Barea demuestra en sus memorias, como ya se ha comentado anteriormente, una gran animosidad hacia los corresponsales extranjeros, a los que llega a calificar de borrachos e indiferentes hacia los sufrimientos y la lucha del pueblo de Madrid.

Esta actitud nada colaboradora de los censores madrileños hacia los corresponsales destacados cambió con la incorporación a la Oficina de Prensa y Propaganda de la activista comunista austriaca de origen judío Ilsa Kulcsar, una mujer políglota, con verdadero dominio de idiomas (hablaba fluidamente francés, inglés, alemán, húngaro y yidis¹⁹) y que había vivido en diferentes países europeos. Ilsa había participado en la revolución de los trabajadores vieneses en febrero de 1934 y vino a España al iniciarse la Guerra Civil. Se convertirá en amante y

18 Largo Caballero era estuquista de profesión y dirigente del PSOE y de la UGT. Colaboró con la dictadura de Primo de Rivera. En la II República fue nombrado Ministro de Trabajo. El 4 de septiembre de 1936 es nombrado Jefe de Gobierno. La negativa de Largo Caballero de perseguir al POUM y los fracasos militares del ejército republicano harán que sea sustituido en la presidencia del Gobierno por Juan Negrín. Durante la II Guerra Mundial fue encerrado en un campo de concentración por los nazis.

19 El número de judíos procedentes del centro y este europeo era tan numeroso entre las filas de las Brigadas Internacionales que llegó a usarse el yidis como *lingua franca*.

mano derecha de Arturo Barea y juntos marcharán al exilio en Londres. Consiguieron rebajar el nivel de enfrentamiento entre censores y periodistas. Por ejemplo, fue suya la idea de promocionar y dar a conocer a nivel mundial la existencia de la Brigada Internacional que luchaba en el frente de Madrid al mando de Gustav Regler²⁰, lo que dio lugar a artículos como los de Louis Delaprée del *Paris-soir* y de Herbert Matthews en *The New York Times*. A partir de la llegada de Ilsa, la Oficina de Prensa y Propaganda dejó de limitarse a ser una oficina de censura y sus cometidos se vieron ampliados hasta convertirse en una especie de agencia que ayudaba también a los corresponsales en sus asuntos personales, tales como la obtención de pases, habitaciones de hotel, gasolina, etc. A este respecto es significativo el artículo que escribió Sir Percival Phillips, corresponsal del *Daily Telegraph* en zona franquista, lamentándose sobre la diferencia de trato dada a los corresponsales extranjeros en la República:

“Allí (se refiere a Madrid) no es necesario esperar durante tres horas para ser recibido, para que después te informen de que debes volver al día siguiente: puedes entrar al despacho por la puerta abierta y servirte tú mismo una bebida o un cigarro si el censor está ocupado. A veces incluso te pregunta si puedes echarle una mano o darle algún consejo”²¹.

El escritor norteamericano John Dos Passos, en una de sus novelas, haría una descripción de la Oficina de Prensa y Propaganda de Madrid, de Arturo Barea y de Ilsa Kulcsar:

“En la gran oficina quieta encontráis a los censores de prensa, un español cadavérico y una mujer austriaca, pequeña y regordeta, de voz agradable... No es sorprendente que el censor sea un hombre nervioso; parece mal nutrido y falta de sueño. Habla como si entendiera pero sin sacar ningún placer personal de ello; la importancia de su posición como guardián de estos teléfonos que son el lazo de unión con países técnicamente en paz”²².

20 Gustav Regler era miembro del Partido Comunista Alemán. Estudió filosofía y trabajaba como periodista y escritor. Había tenido que huir de la Alemania nazi por su condición de judío. Se enroló en las Brigadas Internacionales y, una vez en España, fue nombrado Comisario Político de XII Brigada Internacional. Es herido en dos ocasiones y, al no poder seguir luchando, deja España. Escribió una biografía sobre su vida en España titulada *Das Grosse Beispiel*, que fue traducida al inglés como *The Great Crusade*.

21 Francis McCULLAGH, *In Franco's Spain*, London: Burns, Oats & Washbourne, 1937, p. 108.

22 John DOS PASSOS, *Journeys between Wars*, Nueva York: Harcourt, Brace, 1938, p. 364-374.

También Arturo Barea en sus memorias describiría a Dos Passos como a un huésped a quien quería y respetaba y que hablaba de los campesinos españoles con una comprensión gentil y profunda.

La labor de censura en Madrid se hacía a veces muy difícil, ya que parecía estar bajo la autoridad de tres poderes distintos que en muchas ocasiones daban a la Oficina órdenes contradictorias. Estos eran: el Ministerio de Estado, la Junta de Defensa y el Comisariado de Guerra. La Junta de Defensa estaba bajo las órdenes de los militares leales a cuyo mando se encontraba, como ya se ha dicho, el general Miaja, que se ocupaba principalmente de asuntos militares. Pero el poder real en todos los demás asuntos que no fueran estrictamente de defensa estaba en manos del Comisariado de Guerra. En realidad, el principal escollo lo constituía Rubio Hidalgo, que se consideraba el legítimo Jefe de Censura de toda la zona republicana y veía al Comisariado de Guerra de Madrid como un rival autoconstituido del poder legítimo del Gobierno de la República. Posiblemente, tampoco había perdonado la desobediencia de Arturo Barea de no seguirle a Valencia y de empeñarse en continuar como censor en Madrid y sustituirle al frente de la Oficina a pesar de sus instrucciones en contra. Por todo ello, Luis Rubio Hidalgo se empeñaba en que la Oficina de Madrid siguiera las órdenes que él daba desde Valencia, mientras que Barea e Ilsa actuaban según les parecía oportuno. Ésta situación dio lugar a muchas tensiones.

Buena parte de la propaganda gubernamental se orientaba a la defensa de la causa republicana en el exterior. Para ello se organizó, además, una agencia internacional de noticias que enviaba a España sus propios corresponsales. Tenía dos delegaciones; una en París, *Agence Espagne*, dirigida por Otto Katz, agente estalinista de origen checo que llegó a controlar el círculo de “espías de Cambridge” de Kim Philby. La otra agencia se localizaba en Londres, la *Spanish News Agency*, y estuvo dirigida por Geoffrey Bing. Esta agencia fue la que mandó a España a Arthur Koestler y a Willy Forrest.

Negrín²³ se convertiría en Jefe de Gobierno el 17 de mayo de 1937 en sustitución de Largo Caballero tras los sucesos revolucionarios de mayo de 1937 acaecidos en Cataluña. Hará desaparecer el Ministerio de Propaganda y lo sustituirá por una Subsecretaría a cuyo cargo pondrá al anterior Ministro de Propaganda, Carlos Esplá²⁴, y pasará a depender, de nuevo, del Ministerio de

23 Juan Negrín, médico y miembro del PSOE, fue ministro de Hacienda en el Gobierno de Largo Caballero. Le sucedió como jefe de Gobierno en 1937 hasta 1939. Su actuación como Jefe de Gobierno fue muy contestada.

24 Carlos Esplá, periodista y miembro de la masonería. Fue secretario del escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez. También fue corresponsal en París durante 7 años. Regresó a España poco antes del establecimiento de la II República. Colaboró con Azaña en la creación de Izquierda Republicana. Largo Caballero le nombró ministro de Propaganda, cargo que ocupó hasta los sucesos de mayo de 1937. Negrín le confirmó en su puesto de encargado de propaganda pero con el cargo de subsecretario, del que dimitió en abril de 1938.

Estado. Arturo Barea e Ilsa Kulcsar serán relevados de sus tareas de censura en Madrid en febrero de 1938, con lo que, a partir de esa fecha, nos quedamos sin ningún testimonio de lo que pasó en la capital, en referencia a la censura, hasta el final de la contienda.

LA CENSURA EN VALENCIA Y BARCELONA

Como ya se ha dicho anteriormente, la Oficina de Censura y Propaganda fue trasladada oficialmente a Valencia siguiendo al Gobierno de la República. El 4 de noviembre de 1936, el Gobierno de Largo Caballero creó el Ministerio de Propaganda a cuyo frente puso al periodista Carlos Esplá de Izquierda Republicana. La Oficina de Prensa y Propaganda, que siguió bajo la jefatura de Luis Rubio Hidalgo de Cisneros, pasó a depender de dicho Ministerio con sede en Valencia.

A principios de 1937, a instancias del parlamentario británico Wilfred Roberts y del periodista norteamericano Jay Allen, posiblemente uno de los periodistas destacados que más conocía España, Constanca de la Mora ofreció sus servicios como censora a Luis Rubio Hidalgo, dados sus conocimientos de idiomas, especialmente inglés, ya que había estudiado durante tres años en un internado religioso en la ciudad inglesa de Cambridge.

Constancia de la Mora era una aristócrata, nieta del político conservador Antonio Maura, totalmente leal a los principios de la República, que militó en las filas del Partido Comunista Español. Da la casualidad de que había estado casada con Manuel Bolín, hermano de Luis Antonio Bolín, que ejercería a su vez las funciones de censor en la zona franquista. Se casó en segundas nupcias con el general Ignacio Hidalgo de Cisneros y López de Montenegro, que sería nombrado Jefe de la Aviación Republicana, también perteneciente al Partido Comunista, del que se divorciaría en 1941, una vez acabada la Guerra Civil. En 1939 escribiría sus memorias en inglés, en un libro titulado *In place of splendor*²⁵, presentado en Nueva York nada menos que por Eleanor Roosevelt. Moriría en un accidente de tráfico en Guatemala con 44 años de edad. Su libro de memorias ha suscitado ciertas dudas. Soledad Fox Maura, en su libro *Constancia de la Mora, esplendor y sombra de una vida española del s. XX*²⁶, presenta la hipótesis de que en realidad no fue Constanca la que escribió el libro, ya que carecía de los conocimientos suficientes del idioma inglés, sino que lo hizo Ruth Mckenney, que en aquel momento trabajaba como redactora para el *New Yorker* y en cuya casa de Connecticut se alojó de la Mora en el verano de 1939.

²⁵ Constanca de la MORA MAURA, *In Place of Splendour. The Autobiography of a Spanish Woman*, New York: Harcourt Brace, 1939.

²⁶ Soledad FOX MAURA, *Constancia de la Mora, esplendor y sombra de una vida española del s. XX*, Sevilla: Espuela de Plata, 2008.

De la Mora nos cuenta en su autobiografía que cuando fue nombrada censor, su trabajo consistía en leer cuidadosamente los mensajes y crónicas que los periodistas pretendían mandar al extranjero. La comunicación telefónica era fluida con Londres y París, y se podía hablar con cualquier lugar del exterior excepto Alemania, Italia y Portugal, que eran los países que apoyaban a Franco. Había en la oficina de Valencia tres censores más: dos polacos y otro español. El español le informó de que los periodistas podían mandar lo que quisieran siempre y cuando fuese verdad y que esa verdad no sirviese de información al enemigo. Hay que puntualizar que George Orwell nos da una versión totalmente diferente de la censura republicana en uno de sus artículos: “Desde hace algún tiempo se viene estableciendo un reinado del terror: la supresión forzosa de partidos políticos, una censura asfixiante de la prensa...”²⁷.

Según de la Mora, tenían que poner mucha atención en las noticias militares, ya que había información que los corresponsales podían considerar irrelevante y que, sin embargo, podía resultar vital en las manos del enemigo. Se le había dicho que si algún informador se quejaba de los recortes hechos a sus crónicas sólo había que recordarles la censura durante la I Guerra Mundial.

Cuando se leía una noticia para ser censurada, lo primero que había que hacer era asegurarse de que ésta estaba escrita de manera clara y sin ocultar ninguna clave. Una vez que este peligro quedaba despejado, había que confirmar que se tratase de una noticia contrastada y no de un simple rumor. En el último caso, la crónica no era cursada. Los corresponsales estaban deseosos de conseguir primicias que justificasen ante sus periódicos su presencia en España, por lo que muchas veces pagaban a individuos para que les proporcionasen información y éstos la inventaban cuando no se había producido ningún suceso. En otras ocasiones, los periodistas estaban deseosos de creer como ciertas las historias y rumores que circulaban por calles y cafés. Tampoco estaba permitido que se informase sobre posibles disensiones y enfrentamientos políticos en el bando republicano, cosa que, por otra parte, sucedía muy a menudo, ya que proporcionaba al enemigo información valiosa sobre los puntos débiles en el frente. Una vez que el texto había pasado la inspección de la censura y había sido aprobado, el mismo censor escuchaba la transmisión y si ésta no se ajustaba al texto censurado previamente el censor disponía de una palanca para poder interrumpir la comunicación de inmediato.

La práctica totalidad de los corresponsales destacados en zona republicana eran afines a la causa, pero se produjeron infiltraciones, por lo que tuvieron que endurecerse las condiciones de censura. Este es el caso, por ejemplo, de William Carney, corresponsal del *New York Times* en Madrid, que se pasó como corresponsal a la zona de Franco y publicó artículos detallando las posiciones

27 George ORWELL, “*Spilling the Spanish Beans*”, *News English Weekly*, 29.7.1937.

de las baterías antiaéreas de Madrid. A partir de este caso se empezó a restringir el acceso de los corresponsales a la información estratégica militar en sentido estricto. Luis Rubio Hidalgo comenzó a negar sistemáticamente pases para el frente, lo que llevó a la desilusión y al aburrimiento a los periodistas extranjeros, jóvenes llenos de ganas de acción y aventura que se veían obligados a permanecer durante horas y días enteros sin hacer nada en un despacho a la espera de información. Y todo ello para desesperación de Constanca de la Mora, que entendía que aquello no beneficiaba a la imagen de la República en el exterior. Según el testimonio de Constanca, la actitud de los censores hacia los corresponsales era la del clásico funcionario de la administración española, puesto que se limitaban a pasar mecánicamente a Rubio Hidalgo las cuestiones que los periodistas planteaban, desentendiéndose posteriormente de si eran atendidas o no. En la Oficina de Censura, los corresponsales eran considerados como una fuente de trabajo con sus interminables peticiones, en lugar de ver en ellos una fuente extraordinaria de apoyo internacional a la República y de propaganda a favor de ella.

Poco a poco Constanca de la Mora consiguió, junto a Valentín, secretario y cajero de la Oficina de Censura, que las cosas cambiasen y que los corresponsales fuesen atendidos con mayor solicitud y eficacia. Para Constanca era muy importante que se supiese la verdad de la guerra en España, según ella, que había habido una invasión extranjera de tropas alemanas e italianas. Para que los corresponsales fuesen conscientes de este hecho se les facilitó pases para los frentes de guerra y los medios para llegar hasta allí (vehículos, gasolina), así como entrevistas con prisioneros alemanes e italianos.

Con el tiempo, la Oficina de Censura de Valencia se convirtió en una oficina de prensa extranjera que procuraba ayudar a todos aquellos periodistas y escritores que pasaban por España para comprobar de primera mano qué era lo que estaba ocurriendo. Muchos de ellos eran personas de renombre en sus respectivos países y a nivel internacional. Constanca de la Mora se daba cuenta de la importancia del testimonio de estas personas para hacer presión contra la política de no-intervención que habían adoptado las democracias occidentales e incluso llegó a pensar que podían ayudar a ganar la guerra.

La victoria republicana de Guadalajara se recibió en la oficina de Valencia por teléfono e inmediatamente se dio acceso a los corresponsales al material documental cogido a los italianos como demostración de la intervención de ejércitos extranjeros entre las tropas rebeldes.

Como ya se ha dicho antes, hasta 1937 la Oficina había dependido directamente del Ministro de Prensa y Propaganda. Aparentemente, este cambio no gustó al hasta entonces encargado de la Oficina de Prensa, Luis Rubio Hidalgo de Cisneros, que se sintió rebajado, por lo que dimitió de su cargo y pidió su traslado como Director de la Agencia España con sede en París, en 1937. Nada

más llegar fue víctima de dos ataques al corazón, razón por la que se le aconsejó que fuese alejado del trabajo. Indalecio Prieto, Ministro de Defensa en aquel momento, le ofreció el cargo de Agregado Militar de la Embajada de España en Moscú, puesto que rechazó. Pero sí se trasladó durante dos meses a Moscú para descansar. Sin embargo, Dolores Ibárruri afirma que fue a Moscú a pedir armas a la Unión Soviética. Puede hacerse otra lectura de la dimisión de Luis Rubio Hidalgo y de su salida del país. Tras los sucesos revolucionarios de mayo de 1937 se desencadenó una terrible persecución contra los trotskistas y los anarquistas, produciéndose una auténtica guerra civil dentro de la Guerra Civil. Es posible que Luis Hidalgo tuviese miedo a una purga y por eso pusiera como excusa el que se sentía rebajado con la nueva situación y así justificar su salida del país.

Con la dimisión de Luis Rubio Hidalgo, Constanca de la Mora es nombrada, en sustitución suya, Jefe de la Sección de Prensa Extranjera, y José María Quiroga Pla, que era escritor, traductor y profesor de Salamanca, además de yerno de Unamuno, pasó a ser el nuevo Jefe de Censura. Aunque en la práctica, la Sección de Prensa Extranjera quedó también a cargo de la censura de los corresponsales extranjeros. Además, esta Oficina se hizo cargo de atender a las visitas constantes que llegaban a España. Todo este trabajo hizo que tuviera que aumentarse la plantilla hasta 52 personas, casi todas ellas mujeres, ya que para esas fechas todos los hombres válidos habían sido enviados al frente. La gran mayoría de ellas no tenía ninguna experiencia laboral, pero ofrecían la contrapartida de que no habían adquirido las típicas “mañas” burocráticas de dilaciones y cortapisas que caracterizaban tradicionalmente a los funcionarios de la Administración española. Según Louis Fisher, el nombramiento de Constanca “fue un acierto extraordinario. Sabía idiomas, conocía la mentalidad de los extranjeros y los corresponsales la apreciaban”²⁸. También Philip Jordan tuvo palabras de alabanza para ella: “Nadie era tan amable como Constanca ni se tomó tantas molestias para hacer que la vida fuera más fácil”²⁹. Philip Jordan, como colaborador del *News Chronicle*, fue enviado a Bilbao en lugar de Geoffrey Cox, pero llegó unos días después del bombardeo de Guernica, por lo que no pudo informar de él.

Hacia noviembre de 1937, la Oficina había asumido también las funciones de interpretación e información de los acontecimientos en el frente y en la retaguardia. Siguiendo los traslados que efectuaba el Gobierno Republicano a medida que el ejército de Franco avanzaba, la Oficina de Prensa y Propaganda se trasladó a Barcelona junto al resto de la Administración.

Al iniciarse la Batalla del Ebro en julio de 1938, la Oficina se vio desbordada de trabajo ante la afluencia de enviados especiales de revistas y periódicos.

²⁸ Louis FISCHER, *Men and Politics*, Greenwood Press, 1970, p. 432.

²⁹ Philip JORDAN, *There Is No Return*, London: Cresset Press, 1938, p. 287-288.

Todos ellos intuían que se trataba de la batalla definitiva que daría la victoria a uno u otro bando.

El final de la Guerra Civil Española cogió a Constanca de la Mora Maura en Nueva York, a donde había sido enviada por el Gobierno de Negrín para recabar apoyo del Gobierno de los Estados Unidos, aprovechando las buenas relaciones que ésta había establecido con escritores norteamericanos en la Oficina de Prensa Extranjera. La guerra terminó antes de que pudiese conseguir ningún resultado.

Los Gobiernos autonómicos catalán y vasco también dispusieron de sus propias oficinas de propaganda. La Generalitat de Cataluña creó un Comisariado de Propaganda dirigido por el periodista de Esquerra Republicana Jaime Miravittles, que había sido el secretario del Comité Ejecutivo de la Olimpiada Popular que habría debido celebrarse en Barcelona en julio de 1936.

El Gobierno vasco hizo hincapié, en su propaganda, en la libertad de que gozaba allí la Iglesia Católica frente al anticlericalismo imperante en el resto de la España republicana.

LA CENSURA EN LA ZONA FRANQUISTA

El 28 de julio de 1936, un bando militar establece la censura previa en todos los territorios bajo el mando del ejército sublevado. La Primera Oficina de Prensa y Censura en el bando sublevado es la Delegación de Prensa y Propaganda organizada por el general Queipo de Llano, que estaba al mando de la II División con sede en Sevilla y que abarcaba la práctica totalidad de Andalucía. Queipo de Llano, reconocido general republicano, aunque en el bando nacional, puso al mando de la Delegación de Prensa a un miliciano, Antonio Bahamonde, que en 1938 se pasó al bando republicano y escribió un libro de memorias³⁰. Queipo de Llano tenía aspiraciones políticas y pretendidamente quería presidir el Estado que surgiese tras la guerra, por lo que la Delegación de Prensa fue, más que otra cosa, un gabinete de propaganda a favor de la candidatura del general Queipo. Hay que decir que éste emitía arengas políticas en la radio diariamente. Pero no descuidó las tareas censoras. El 31 de agosto se emite un bando por el que se prohíbe tomar fotografías en el territorio de la II División del Ejército para fines particulares o de publicidad sin la autorización militar. El 11 de septiembre se emite otro bando por el que se obliga a entregar una copia de todo negativo con los datos personales y el laboratorio impresos por detrás, teniendo que pasar por la censura previa. Las fotografías que no llevasen el sello de la División eran consideradas clandestinas. Las casas de revelado fotográfico debían llevar un registro de todos los trabajos que rea-

³⁰ Antonio BAHAMONDE, *Un año con Queipo de Llano*, Sevilla: Espuela de Plata, 2005.

lizaban y de todos los clientes, con la obligación de enviar una copia de cada foto revelada a la División. El uso de máquinas fotográficas también requería permiso militar.

El 6 de agosto de 1936 se establece la Junta de Defensa de Burgos, que asume todos los poderes del Estado en la zona sublevada. Esta Junta crea el Gabinete de Prensa, cuyo primer director fue Juan Pujol, un periodista monárquico que había trabajado en el periódico *ABC* y posteriormente se encargaría de la dirección de un periódico de tendencias derechistas y con claras simpatías pronazis llamado *Informaciones*. El 24 de agosto, el Gabinete pasó a denominarse Oficina de Prensa y Propaganda. A partir de la toma de Toledo, en octubre de 1937, el Estado Mayor de Franco se instala en el Palacio Episcopal de Salamanca. Allí también se instala la Oficina de Prensa y Propaganda. En enero de 1937, una vez nombrado el general Franco Jefe del Estado rebelde, se crea la Delegación de Prensa y Propaganda adscrita a la Secretaría General del Jefe del Estado. Un año más tarde, y una vez que entró en vigor la Ley de Prensa de abril de 1938, la Delegación pasaría a depender del Ministerio del Interior y a denominarse Servicio Nacional de Prensa. La Ley de Prensa fue redactada por José Antonio Giménez Arnau bajo la tutela de Ramón Serrano Suñer, cuñado y Ministro de Asuntos Exteriores de Franco. Según la ley aprobada, se establecía un sistema férreo de censura que siguió vigente una vez terminada la Guerra Civil hasta 1966 en que se promulgó una nueva ley. Según un Decreto de 1938, los corresponsales extranjeros en el bando republicano que fueran hechos prisioneros por los nacionales serían considerados como espías.

Desde un primer momento, Luis Bolín Bidwell, a las órdenes de Juan Pujol, fue el encargado de las relaciones con los corresponsales extranjeros. Luis Bolín era un abogado y periodista monárquico que había sido corresponsal de *ABC* en Londres. Su familia materna era de origen británico. De hecho, su tío materno, Antonio Bidwell Hurtado, llegó a ser Arzobispo Auxiliar católico de Westminster. Bolín se había encargado, siguiendo instrucciones de su jefe y amigo, el director del periódico *ABC* Juan Ignacio Luca de Tena, del alquiler en Inglaterra del *Dragon Rapide*, el avión que efectuó el traslado de Franco desde Las Palmas de Gran Canaria, donde residía a título de Capitán General, hasta Marruecos para ponerse al mando de las tropas españolas de África. El 25 de julio de 1936, Franco envió a Bolín y a Luca de Tena a Italia a pedir a Mussolini ayuda militar, ayuda que consiguió gracias a la intervención de Alfonso XIII y su recomendación ante el yerno de Mussolini, Gian Galeazzo Ciano, a la sazón ministro de Asuntos Exteriores. Bolín fue el encargado de las relaciones con los periodistas hasta mayo de 1937, en que tuvo que dejar el cargo supuestamente a raíz de la publicación de un libro de memorias del periodista Arthur Koestler: *Spanish Testament*. Koestler, activista comunista húngaro de origen judío, espía soviético y corresponsal del *News Chronicle* en Málaga, estuvo condenado a

muerte a raíz de un episodio con Luis Bolín cuando las tropas rebeldes tomaron la ciudad. Logró salvarse gracias a la intervención del *Foreign Office*, ya que Koestler había conseguido la nacionalidad británica unos años antes.

Bolín había sido corresponsal de guerra en el frente británico en Francia durante la I Guerra Mundial. Él mismo cuenta que cuando se le encargó que se ocupase de los corresponsales extranjeros decidió aplicar las mismas normas y el mismo tipo de censura que se le había aplicado a él. También tenía que cumplir las órdenes específicas que recibía de sus superiores. Durante la Primera Guerra Mundial, las normas de censura fueron muy estrictas y la información sólo se concebía en función de la propaganda. Todas las cartas enviadas por los soldados desde el frente fueron sistemáticamente censuradas. La presencia de corresponsales en los campos de batalla estaba prohibida. Los corresponsales acreditados por las autoridades oficiales sólo conseguían llegar a las trincheras, y eso después de esperar durante semanas y siempre acompañados por un oficial que hacía a la vez las veces de guía y vigilante. Cualquier intento de contar la realidad del frente era considerado como una traición. Sólo hay que recordar la prohibición de las autoridades militares de que la prensa informase sobre las muertes producidas por la epidemia de gripe que asoló Europa durante aquellos años. El único país cuya prensa informó sobre las muertes que producía la epidemia fue España, por lo que la opinión pública europea pensó que sólo afectaba a esa nación y así pasó a la historia con el nombre de “gripe española”.

Los periodistas extranjeros en la zona franquista debían acreditarse convenientemente mediante documentos que probasen tanto su identidad personal como que eran realmente enviados por un medio de comunicación. Una vez que habían pasado este requisito, se les acreditaba mediante una tarjeta de identidad y eran puestos bajo la autoridad de unos Oficiales de Prensa que debían controlar sus movimientos, procurar ayudarles en todo lo que les estuviese permitido y organizar las visitas a los frentes. El 19 de julio de 1937 se publica una Orden³¹ según la cual se crea oficialmente y con carácter transitorio el cargo de Oficial de Prensa, con la función de atender y vigilar a periodistas extranjeros, corresponsales y personalidades extranjeras. Las exigencias para los Oficiales de Prensa eran la de tener un título universitario, conocimientos profundos de idiomas y una formación especial que permitiese el trato con personas extranjeras, respetando sus distintas culturas y temperamentos, y, por supuesto, la de ser miembros del ejército. Entre estos Oficiales de Prensa estaban: Gerardo Jacob y Ernest, Enrique Marsans, Ernest Girod, Antonio Reverte, Luis Clavería... Bolín contaba con dos lugartenientes, los capitanes Gonzalo Aguilera y Yeltes y Rosales, que actuaron con cierta dureza contra algunos corresponsales. A este respecto cabe destacar la opinión de Harold Cardozo, corresponsal del

31 Boletín Oficial del Estado, 28/7/1937.

Daily Mail, que a pesar de ser claramente pro-franquista no tenía una opinión muy favorable de Luis Bolín y le achacaba errores de organización bien conocidos y retrasos inadmisibles en el despacho de los comunicados. Hay que señalar que aparentemente Luis Bolín tenía una inquina personal por Cardozo, ya que durante su estancia en Londres había mandado artículos al *Daily Mail* que habían sido rechazados y culpaba a Cardozo de ello. Cardozo, por su parte, se defendía aduciendo que los artículos fueron rechazados por ser malos y no por razones de animadversión personal. Por el contrario, el escritor Nigel Tangye asegura que Bolín siempre tuvo con él un trato impecable y le proporcionó carta blanca para toda España, incluidos los frentes de guerra.

Los corresponsales intentaron, por supuesto, evadir las medidas de censura. En primer lugar, protestaron ante las visitas guiadas a los frentes de guerra e intentaron que se les permitiese la libre circulación, permiso que sólo consiguieron contados privilegiados. En segundo lugar, muchos de ellos se trasladaron a Gibraltar o Tánger para transmitir sus crónicas libres de la censura y bajo nombres falsos para no ser identificados. El Estado Mayor tomó la decisión de suspender los permisos de salida a los periodistas cuando se recibía un nuevo tipo de arma o cuando estaba próximo el comienzo de una nueva ofensiva, para evitar así que los posibles espías pudiesen pasar información al enemigo.

De todas formas, el Gobierno de la República controlaba todas las comunicaciones telefónicas con el extranjero. Los cables trasatlánticos más importantes (Italcable y Eastern), que enlazaban en los puertos de Málaga y Bilbao, estuvieron bajo control republicano hasta febrero y junio de 1937 respectivamente. Por su parte, los despachos que cursaban los corresponsales de la zona franquista desde la ciudad de Vigo tardaban en llegar a su destino 24 horas o más.

Hay que decir que el número de corresponsales que optaron por seguir al bando franquista fue bastante menor que el que lo hizo por el bando republicano. Hay varios motivos para ello. Por una parte, existían motivos ideológicos. Desde el primer momento se identificó a los militares rebeldes con las fuerzas fascistas europeas alemanas e italianas, por lo que no despertaron muchas simpatías entre los intelectuales y periodistas procedentes de las democracias occidentales, que claramente se decantaron por apoyar a la República española. Por otra parte, hay que mencionar que, cuando se produce un conflicto en un país, al primer lugar al que suelen acudir los periodistas extranjeros es a la capital de dicho país en busca de noticias, y eso mismo fue lo que hicieron los corresponsales de la mayoría de países, exceptuando, claro está, a los corresponsales alemanes, italianos y portugueses, cuyos Gobiernos apoyaron desde un primer momento a los militares rebeldes. No es necesario recordar que la capital de España, Madrid, estaba en zona republicana.

Desde el comienzo del alzamiento, salvo excepciones como la de Jay Allen del *Chicago Tribune* y pocos más, los corresponsales que siguieron al bando re-

belde fueron periodistas alemanes, italianos y portugueses. Los más importantes medios de comunicación alemanes mandaron a España corresponsales. La Legión Cóndor no dispuso de una oficina de prensa hasta los últimos tiempos de la guerra.

Los corresponsales italianos, portugueses y alemanes en el bando franquista no tuvieron las dificultades e impedimentos que afectaron a corresponsales de otros países. Casi todos los corresponsales alemanes eran miembros del Partido Nacional Socialista y se les presuponía el apoyo a la causa franquista.

Hitler reconoció oficialmente al Gobierno rebelde el 18 de noviembre de 1936 y Mussolini lo hizo el 28 de noviembre del mismo año. Wihem von Faupel es enviado a Salamanca en calidad de embajador alemán. Junto a Willi Köhn, miembro de las SS, montaron la Oficina de Prensa de la Embajada alemana en el bando sublevado, que contó con una plantilla de hasta 40 personas. A esta oficina de prensa fue enviado Josef Hans Lazar en junio de 1938 como enviado especial de la emisora de radio *Transocean*, encargada de emitir programas en español a países de Hispanoamérica. Lazar jugaría un papel fundamental en la gestación y creación de la agencia española EFE, hoy en día la agencia informativa más importante del mundo en idioma español.

Una vez establecidas relaciones entre Mussolini y el Gobierno de Salamanca, se crea en Italia una oficina especial denominada *Ufficio Spagna*, dirigida por el conde Luca Pietromarchi. Esta oficina, además de coordinar la misión militar italiana en España, preparaba recensiones de prensa y servicios de escuchas de las radios enemigas. En enero de 1937 quedó constituida en Salamanca la *Ufficio Stampa e Propaganda della MMIS* (USP) y al frente de la misma es nombrado Guglielmo Danzi. La USP quería funcionar como agencia de información para la prensa italiana y otros periodistas extranjeros. Entre otras actividades publicó el periódico *Il legionario* en España desde marzo de 1937 hasta agosto de 1938. Primero hará su aparición como semanario y con la cabecera en español: *El Legionario*. A partir del 20 de mayo de 1937 aparecerá diariamente y ya en italiano. Según la visión que ofrecía esta publicación, la Guerra Civil se desarrollaba entre los “rojos españoles” y los “fascistas italianos” que conseguían, los italianos, una victoria tras otra, incluida la Batalla de Guadalajara. Al final, las autoridades franquistas hicieron una protesta oficial. Danzi también contribuyó con ayuda técnica a la creación de una radio nacional española. Será sustituido por Lamberti Sorrentino, su segundo, en julio de 1937 y en septiembre de 1937 será nombrado Carlo Bossi, que había sido Cónsul General de Italia en Barcelona.

Todos los grandes periódicos italianos, así como la Agencia Stefani, enviaron corresponsales a España. Entre ellos encontramos a Indro Montanelli de *Il Popolo d'Italia*, Luigi Barzini y Piero Saporiti del *Corriere della Sera*, Mario Bassi de *La Stampa*, David Lajolo de *Tempo*, Cesare Antonio Gullino de la Agencia Stefani.

Por su parte, Portugal vivió la Guerra Civil Española como un asunto propio y, por supuesto, el *Estado Novo*³² del General Salazar prestó todo su apoyo al ejército rebelde. La prensa portuguesa no se limitó a enviar corresponsales al bando franquista, sino que periódicos portugueses como *Diário da Manhã*, *O Século*, *Diário de Notícias* y *Alma Nacional* y otros fueron distribuidos en España. Esto pudo realizarse gracias a una orden del Gobierno de Burgos del 20 de octubre de 1936 por la que se autorizaba expresamente la libre distribución de la prensa portuguesa, alemana e italiana en territorio español en manos del ejército rebelde.

VIDA DE LOS CORRESPONSALES

La mayoría de corresponsales extranjeros se sentían muy vinculados con la causa y la ideología de la República. Incluso algunos llegaron a incorporarse a la lucha armada a favor del bando republicano, uniéndose a las Brigadas Internacionales o a otros cuerpos militares. Puede citarse como ejemplo el caso de Louis Fisher, corresponsal de la revista americana *The Nation* que, al mismo tiempo que enviaba sus crónicas periodísticas, trabajaba como oficial de intendencia para las Brigadas Internacionales en Albacete. Más tarde abandonaría su labor periodística y sería enviado por el Gobierno de la República a comprar armas a París. También hay que mencionar a Eric Blair, más conocido por el pseudónimo de “George Orwell”, que llegó a España como corresponsal de varias publicaciones británicas e inmediatamente se alistó en las milicias del POUM³³, mientras seguía mandando sus crónicas. Willy Brandt, futuro Canciller de la República Federal Alemana, es otro de los corresponsales de prensa que se unió a las filas del POUM como representante del Partido de los Trabajadores Socialistas de Alemania.

El escritor André Malraux, muy pocos días después de la sublevación militar, se dedicó a comprar aviones y reclutar pilotos en Francia para organizar una escuadrilla aérea que reforzase las ya existentes en el Ejército Republicano. A Malraux se le concedió el título de coronel y se le puso al mando de dicha escuadrilla, a la que se dio el nombre de Escuadrilla España. Lo increíblemente sorprendente de esta historia es que Malraux no tenía preparación alguna como piloto. Esto da una idea del trato dado por la República a sus amigos intelectuales.

32 El Estado Novo es el nombre del régimen autoritario que estuvo en vigor durante 42 años en Portugal. Fue instaurado por el general Salazar desde 1932 hasta 1974, en que finaliza a consecuencia de la Revolución de los Claveles.

33 POUM son las siglas correspondientes al Partido Obrero de Unificación Marxista, muy cercano al trotskismo. Nace en Barcelona en 1935 fundado por Andréu Nin. Debido a su enemistad con Moscú es apartado del Gobierno. Tras las revueltas de Cataluña de mayo de 1937, el POUM es ilegalizado y se detiene a sus miembros y dirigentes que comienzan a desaparecer.

tuales y colaboradores. La vida de estas personas en España durante aquellos años no estuvo exenta de peligros, pero fue una fuente continua de posibilidades y aventuras donde cualquier cosa era posible.

En general, los primeros corresponsales destacados en la República llegaban con un genuino interés por conocer la verdad sobre lo que estaba sucediendo e informar, a través de sus periódicos, a la opinión pública de sus respectivos países de manera veraz y contrastada. Pero, a medida que avanzaba la contienda, se puso de moda una especie de “turismo de guerra”. Hombres y mujeres de todas partes del mundo, según relata Constanza de la Mora, se presentaban en Valencia o Barcelona y eran instalados en los mejores hoteles de estas ciudades a expensas de la Oficina de Prensa Extranjera, con una insensibilidad absoluta por el sufrimiento y los sacrificios del pueblo español que se encontraba inmerso en una guerra sangrienta. Muchos de aquellos “turistas de guerra” se presentaban en la Oficina de Prensa quejándose sistemáticamente de las carencias que sufrían por la falta de pan en la cena, el retraso de los vehículos o que el hotel no había podido lavar su ropa por falta de jabón.

En Barcelona, casi todos los corresponsales se alojaban en el Hotel Majestic, pero dejó de ser seguro cuando los bombardeos de la aviación del ejército de Franco dejaron de limitarse al puerto y al barrio de la Barceloneta y se generalizaron por toda la ciudad. En ese momento fueron trasladados fuera de Barcelona.

El Hotel Oficial en Madrid de los corresponsales extranjeros y visitantes distinguidos era el Hotel Florida, ubicado en la Plaza del Callao. El Hotel Florida fue testigo del inicio de los amores que terminarían en boda entre la periodista Martha Gelhorn, corresponsal del *Collier's*, y Hemingway, ya novelista consagrado, que vino a Madrid para escribir artículos para la *North American Newspaper Alliance* (NANA), con un salario desorbitado de 1 dólar por palabra. También lo fue del enfrentamiento de éste y John Dos Passos, hasta entonces íntimos amigos, por el “caso Robles”, del que fue testigo Josephine Herbst y del que daría cuenta posteriormente en sus memorias. El teniente coronel Robles, profesor de literatura española en la universidad norteamericana John Hopkins, era amigo personal de Dos Passos y había sido traductor de uno de sus libros. Cuando se inició la Guerra Civil estaba en España de vacaciones con su familia y decidió alistarse en el ejército republicano. Debido a sus conocimientos de ruso, se le asignó a la brigada que mandaba el general Gorev, héroe de la defensa de Madrid, convirtiéndose rápidamente en uno de sus hombres de confianza. De repente y sin saberse los motivos, Robles desapareció y Dos Passos, a instancia de la esposa e hijos de aquel, que se encontraban en Valencia, comenzó a buscarlo. Hemingway le pidió que dejase de hacerlo, ya que iba a comprometer a todo el grupo de corresponsales y que, al fin y al cabo, las “desapariciones” eran cosas que sucedían en las guerras. Aquel comentario supuso

el fin de la amistad entre Hemingway y el escritor de origen portugués. A pesar de todos los intentos de Dos Passos, no se volvió a saber del teniente coronel Robles; sin embargo, algunos rumores apuntaron a que había sido asesinado por los servicios secretos de la NKVD soviéticos tras ser torturado en un chalé ubicado en Torrejón y perteneciente a Constanca de la Mora, aunque nunca apareció su cadáver. De cualquier manera, este hecho hizo que Dos Passos perdiera toda su fe en la causa republicana.

Algunos periodistas se alojaban en el Hotel Gran Vía, que estaba justo al otro lado de la calle del edificio de Telefónica. Este edificio, hasta que fue incautado al principio de la contienda, había sido la sede de la *American International Telephone and Telegraph* (ITT). Al ser el edificio más alto de Madrid, se convirtió con asiduidad en blanco del fuego de la aviación y de la artillería franquista, y era alcanzado con regularidad, con lo que llegar hasta allí y permanecer en él para enviar las crónicas constituía un gran peligro. Con el tiempo se decidió trasladar la sede de la Oficina de Prensa al Palacio de Santa Cruz, mucho más bajo y discreto, y por ello menos peligroso.

El Hotel Florida también se encontraba en la línea de fuego de la artillería rebelde. Ante la imposibilidad de dormir por causa del bombardeo, muchas noches se organizaron fiestas en el patio del hotel.

La zona republicana sufrió de una carencia de víveres y suministros que no sólo afectó a la población española, sino obviamente también a los corresponsales de guerra. Gran parte del día tenían que dedicarlo a la consecución de comida y muchas veces sin gran fortuna. Ernest Hemingway se hizo enormemente popular gracias a sus reservas de alimentos y bebidas alcohólicas que conseguía gracias a Sydney Franklin, quien había sido torero en España y que también estaba en Madrid en calidad de corresponsal. Tom Delmer, corresponsal del *Daily Express*, también poseía nutridas existencias de bebidas alcohólicas que había comprado a los anarquistas que saquearon el Palacio Real. Arturo Barea hace referencia a las continuas borracheras de los corresponsales en Madrid.

Los periodistas y escritores destacados en Madrid se relacionaban casi exclusivamente entre ellos, en un mundo de convites constantes entre el bar del Hotel Gran Vía, el del Hotel Florida y el bar Chicote, rodeados de prostitutas atraídas por el abundante dinero que manejaban.

El torrente de visitas aumentó constantemente, todos querían ser testigos de la Guerra Civil Española: políticos, poetas y escritores. Pero, salvo algunas excepciones, la mayoría de los que pasaron por la Oficina de Prensa Extranjera lo hizo con la intención de ayudar a la causa republicana y a la democracia, y se convirtieron posteriormente en sus países en los mejores propagandistas. Siempre según versión de Constanca de la Mora.

El testimonio de Arturo Barea, sin embargo, difiere de esta relación idílica entre corresponsales y la República. En sus memorias consigna la opinión que

tenía sobre los periodistas. Según él, estos sólo veían una noticia que contar en lo que para los republicanos eran cuestiones de vida o muerte. No se trataba sólo de una opinión personal; cuenta cómo los anarquistas del Control de Obreros del edificio de Telefónica de Madrid, donde se encontraba ubicada la Oficina de Prensa, también expresaban opiniones parecidas cuando repetían que todos aquellos periodistas eran burgueses fascistas que simpatizaban con la causa franquista. Opinión que se vería confirmada posteriormente cuando en ciertos momentos de confusión los informadores pudieron mandar crónicas sin censura y, siempre según Barea, demostraban alegría por las victorias franquistas.

No es de esta opinión Arthur Koestler, quien llegó a decir que los corresponsales extranjeros en España respondían a un impulso romántico y a una motivación ideológica. La mayoría optaron por la República. De cualquier manera, el bando republicano atrajo a los intelectuales más renombrados y a las grandes figuras del periodismo de aquella época.

Con motivo de la ocupación de Belchite se invitó a los corresponsales a visitar el pueblo. Cuando llegaron allí los periodistas todavía se luchaba en las calles del pueblo. Algunos decidieron volver a Valencia sin entrar en Belchite, los que sí lo hicieron no pudieron comer ni dormir durante días por las atrocidades de las que fueron testigos.

Como curiosidad, hay que decir que muchos de los corresponsales extranjeros no accedían a los frentes de guerra por imposición de sus propias agencias de prensa, ya que éstas se negaban a pagar las primas que los seguros imponían a los periodistas en los frentes de batalla.

A pesar de las condiciones indudablemente peligrosas bajo las que tuvieron que trabajar y vivir los corresponsales (cinco de ellos murieron y muchos otros fueron heridos), la mayoría de ellos recuerdan su estancia en España como los mejores años de su vida. Herbert Matthews, corresponsal de *The New York Times*, escribió en 1938:

“De todos los lugares en donde se puede estar en éste mundo, Madrid es el que da más satisfacciones. Tuve esa impresión desde el primer momento en que llegué y ahora, siempre que no estoy allí, no puedo evitar el ansia de volver. Todos nosotros sentimos igual, así que es algo más que un sentimiento personal mío. El drama, las emociones, el optimismo electrizante, el espíritu de lucha, el valor y la paciencia de esta gente frenética y maravillosa son cosas por las que vale la pena vivir y dignas de ser vistas con los propios ojos”³⁴.

34 Herbert L. MATTHEWS, *Two Wars and More to Come*, New York: Carrick & Evans, 1938, p. 185.